

EDUCACIÓN PARA DESCOLONIZAR: CUATRO TESIS EN TORNO DE LA EDUCACIÓN EN JOSÉ MARTÍ

Pedro Pablo Rodríguez

El estudio que sostengo referente al ideario educacional del prócer cubano y latinoamericano, rebasa con creces los límites de tiempo fijados para esta breve comunicación. Van pues, estas tesis para dar un indicio de lo que propongo y para estimular el debate.¹

TESIS PRIMERA

Ha sido numeroso el acercamiento al tema educacional en los textos de José Martí, desde los criterios de la Pedagogía y de otros campos de estudio afines, al punto en donde no sería exagerado afirmar que, la idea más común acerca del pensador y escritor cubano es referente a una personalidad significativa en torno a la educación, al mismo tiempo que se enfatiza en su condición de maestro.

¹ Reconozco el impulso dado a estas líneas, por el texto de mi fallecido amigo Ramón de Armas, titulado “Educación para el desarrollo”, en *La mirada martiana de Ramón de Armas*, La Habana, Ruth Casa Editorial/ Instituto de Investigaciones Culturales, Juan Marinello, 2010, pp. 96-116.

En realidad, el ejercicio de esa profesión fue bastante limitado en tiempo, dentro de su corta vida de sólo 43 años: un curso lectivo en Guatemala, menos de seis meses en Venezuela, un curso como profesor de español en una escuela nocturna de Nueva York y no más de un año o año y medio con sus clases para los obreros emigrados cubanos. En total, no alcanzan a cuatro años de su existencia. Si exceptuamos esas últimas clases y las que ofreció en un colegio de señoritas en Guatemala, más las de oratoria en Caracas, a solicitud de un grupo de jóvenes, los otros cursos tuvieron que atenerse de alguna manera a los programas y currículos establecidos, por más que uno piense que el reconocido éxito de Martí entre sus discípulos y las ideas que publicaba en la prensa, pudieran indicar mucho de novedad en su práctica pedagógica.

Por otra parte, el cubano tampoco dejó organizados por escrito criterios propiamente pedagógicos: sólo aquí y allá salpicó sus textos con algunos juicios que pudieran dirigirse por ese camino. Quizás, ello ha obstaculizado que esa bibliografía sobre el Martí educador haya podido presentarnos una exposición sistematizada de su llamado ideario pedagógico.

En dos palabras: en buena ley, resulta difícil y hasta arriesgado –diría yo– calificar a Martí como un pedagogo, como alguien preocupado por ofrecer criterios acerca de las técnicas y procedimientos de la enseñanza. Más bien puede considerarse, a mi modo de ver, como un grupo de ideas acerca de la educación, que tienen un cierto espacio en el conjunto de su vasta obra, tanto en algunos textos dedicados a ella con exclusividad, como en sus más frecuentes observaciones y juicios acerca de esa temática en sus variados escritos. No obstante, el análisis de esas ideas educacionales por sí solas, no bastaría para entenderlas cabalmente. Y quizás, tal procedimiento pueda ser equívoco y confundirnos en la justa apreciación del razonamiento martiano.

Es imprescindible hacer una aclaración para entender el alcance de mis palabras. No pretendo negar la presencia de diversas ideas educacionales en la obra martiana, ni siquiera la posibilidad de que el estudioso las ordene de algún modo para así hacerlas más comprensibles y contribuir a precisar la dirección y propósitos de su autor al exponerlas. Se trata –desde mi punto de vista–, que la real comprensión de esas ideas no puede examinarse al margen de la totalidad del pensamiento martiano, de su lógica y sus procedimientos discursivos, su concepción del mundo y los anchos objetivos de su labor escritural y en la acción práctica. Martí es un singular caso de pensamiento totalizador por creciente voluntad propia y por el alcance logrado en ello.

TESIS SEGUNDA

Las ideas educacionales de Martí, aun y cuando llegasen a ser consideradas como una especie de *corpus per se*, han de insertarse en la perspectiva de ese razonamiento totalizador que, no por gusto, rehuyó el voluminoso tratado científicista –tan de moda en su época finisecular–, y que no halló el tiempo para escribir los numerosos libros que repetidas veces vinieron a su cabeza y, en algunos casos, hasta proyectó y dejó en esquemas. Sus únicos libros fueron dos pequeños cuadernos de poemas –*Ismaelillo* y *Versos sencillos*–, muy populares, por cierto, luego de su muerte en combate por la Independencia de Cuba.

El periodismo fue, entonces, el modo expresivo por excelencia del pensamiento martiano, marcado a finales del siglo XIX por el veloz ritmo, las características y los intereses que imponía la modernidad industrial que se expandía indeteniblemente por el orbe. De ahí el tono y la relativa brevedad de los textos martianos que pudiéramos calificar como educacionales en cuanto a su temática. Y de ahí también, por

qué no podemos limitarnos a ellos cuando nos acercamos a este asunto.

Ese periodismo, brillante y renovador en el manejo de la lengua, y de impresionante volumen cuantitativo, es la fuente principal –aunque no única, bien lo sabemos– para seguir la formación, evolución y, especialmente, la madurez de su pensamiento a lo largo de los años ochenta y noventa del siglo XIX. Será en ese describir, comentar y enjuiciar al mundo moderno desde el Nueva York donde residía, a través de las que llamó sus *Escenas norteamericanas*, que rebasan el territorio de la nación estadounidense, donde podemos encontrar y explicarnos el real y profundo sentido y alcance de sus opiniones educacionales.

La aparente dispersión de temas propia del periodismo, particularmente de la crónica modernista, de la que fue Martí lúcido y conciente iniciador –y que marca la tensión entre el escritor y el naciente mercado de las letras–, fue la mejor manera en donde se condujo el cubano para ofrecernos su visión del mundo y, sobre todo, su profunda y certera crítica de la sociedad de su época, así como sus proyectos transformadores de alto vuelo humanista.

TESIS TERCERA

El sentido de las ideas educacionales en Martí marcha pues, al compás y en acuerdo con el propio desenvolvimiento de su pensamiento. Hijo de inmigrantes españoles, a la colonia antillana privilegiada por sus riquezas, de niño y joven tuvo la suerte de escapar del estrecho marco familiar y abrevar en las fuentes de la intelectualidad liberal cubana, abolicionista y republicana. Intelectualidad que tenía con frecuencia en el ejercicio del magisterio, una fuente de ingreso y de prestigio social. Al lado de su profesor y tutor intelectual, Rafael María de Mendive, sirviéndole como una especie de ayudante du-

rante varios años en la escuela donde estudió, el joven Martí indudablemente tuvo que verse atraído por la enseñanza y pudo apreciar sus bondades, tan importante en una colonia donde el gobierno metropolitano apenas si se preocupaba por ella.

Así, el adolescente que terminó su formación escolar en la universidad española y, que se sintió atraído por las ideas krausistas –sobre las que andaba sin saberlo desde antes–, reprodujo el concepto liberal de la educación como sostén de la libertad política y como base del progreso. Lo anterior puede rastrearse en los textos de su estancia mexicana de juventud, cuando estimaba que la educación y el trabajo sacarían al indígena de su apartamiento social. Sin embargo, sería ese mismo trato con las culturas indígenas, más su temprana crítica ética al espíritu mercantil moderno, lo que lo iría apartando de aquel concepto.

Cuando postuló a los 24 años que, la por él llamada *nuestra América*, era una cultura mestiza, necesitada al mismo tiempo de recobrar sus culturas originarias, Martí movió las bases de su pensar más allá de la lógica racionalista de la modernidad. Por eso, ya en el tránsito de su maduración, en sus escritos para el semanario *La América*, que dirigió un tiempo en Nueva York, dedicó más de un artículo al tema educacional, por considerarlo imprescindible para nuestra América, y por ello, al mismo tiempo, lo fue situando sobre puntos algo diferentes.

La educación debía ser para todos, no sólo para sectores minoritarios; habría de incorporar los conocimientos que aportaba la ciencia de aquel tiempo, mas habría de basarse en las características y requerimientos de nuestra América: privilegiar la educación agrícola con el fin de diversificar la producción; entregar materias primas para la formación de una industria nacional y exportar; romper la barrera entre el trabajo manual y el intelectual; salir de la educación escolás-

tica y libresca; conocer lo nuestro. Su conciencia de identidad, de alcance continental cada vez más incluyente de los sectores populares marginados, iría apartando su concepción educativa de la tradicional liberal, que hacía de los sistemas escolares unificados, normados y escalonados el eje de la educación con el fin de preparar cuadros dirigentes y trabajadores para la sociedad burguesa moderna.

Una sola cita suya basta:

Se manda –locamente acaso– a los niños hispanoamericanos, a colegios de fama de esta tierra [Estados Unidos], a que truequen la lengua que saben mal por la extraña que nunca aprenden bien; y a que –en el conflicto de la civilización infantil, pero brusca, peculiar y extraña que aquí les espera–, salgan con la mente confusa y llena de recuerdos de lo que trajeron y reflejos imperfectos de lo nuevo que ven, inhábiles acaso ya para la vida espontánea, ardiente y exquisita de nuestros países, y todavía inhábiles para la rápida, arremolinada, arrebatada existencia de esta tierra. Los árboles de un clima no crecen en otro, sino raquíuticos, descoloridos, deformes y enfermos.²

Sobre tres aspectos llamó la atención: uno, el lenguaje empleado por Martí, metafórico, de imágenes constates, emotivo, que evade el limpio discurso racional tan a gusto de los positivistas de su tiempo. Dos, su defensa de la lengua propia para pensar desde lo nuestro. Tres, el contraste entre nuestra América “espontánea, ardiente y exquisita”, –fíjense en el

² José Martí, “A aprender en las haciendas” [*La América*, Nueva York, agosto, 1883], en José Martí, *Obras Completas*, t. 8, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963, p. 276. Véase además José Martí, *Obras Completas, edición crítica*, t. 18, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2011, pp. 104 y 105.

alcance de ese trío de adjetivos– y Estados Unidos, tierra de “rápida, arremolinada, arrebatada existencia”.

La advertencia es clara: la educación ha de ser, en y para la tierra propia, para lograr personas aptas de acuerdo a nuestras necesidades. Ello no quiere decir que Martí desaprobara los estudios fuera de nuestra América. El texto citado continúa con el reclamo sobre sí se deberían estudiar en el país del Norte, métodos, técnicas y procedimientos agrícolas modernos, apropiados a nuestra región, pues concluye: “urge cultivar nuestras tierras del modo con que cultivan las suyas nuestros rivales”.³ Había entonces, para él, que dar paso a una educación que contribuyera a impedir nuevas colonizaciones mediante la modificación estructural de nuevas sociedades en medio de las condiciones del mundo moderno.

TESIS CUARTA

El Martí francamente maduro no escribió –según lo que se conserva–, nuevos textos dedicados, en particular, a asuntos educacionales, como lo hizo en la revista *La América*. Sus ideas al respecto se esparcen por otros textos o, mejor, se hacen comprensibles en su concepción del mundo y en su vasto proyecto liberador para nuestra América.

Sería sin duda alguna, su ensayo cenital de 1891 cuyo nombre, *Nuestra América*, mismo que está cumpliendo 120 años de su primera publicación, la plena maduración de sus criterios acerca de la identidad latinoamericana y la configuración de su concepto descolonizador y liberador.

¿Qué ha pasado con las repúblicas tras las independencias? Su respuesta es directa: “La colonia continuó viviendo

³ Martí, *op. cit.*, 1963; Martí, *op. cit.*, 2011, p. 105.

en la república”,⁴ dice Martí. La colonia no era para él, pues, sólo una dominación exterior, sino una forma de existencia social. Pudiera decirse que hasta una cultura en sentido contemporáneo del término. Y esa permanencia se había producido por razones sociológicas e históricas –diríamos nosotros–, las clases populares, “el hombre natural”, los soldados de las independencias fueron apartados por las repúblicas y estas, además, adoptaron formas de organización y de vida social provenientes de otras realidades, como Europa occidental y Estados Unidos, sin atender a nuestras necesidades, características e intereses.

“El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu”. Así afirmó en el ensayo y, como el espíritu no cambió, la colonia se mantuvo en la república: “Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado”. A esas figuras sociales de la colonia se sumaron las estructuras ajenas, que dieron lugar –nos dice–, a que fuéramos “una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño”. Y enfatiza: “Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España”. Mientras, el indio estaba mudo, el negro era oteado y el campesino se revolvía contra la ciudad letrada.

Esa comprensión martiana de la cultura colonizada es lo que hace del ensayo *Nuestra América* un clamor por el verdadero conocimiento, no por el que ofrecían el libro europeo o yanqui, incapaces a su juicio de dar la clave del enigma hispanoamericano. Este había que estudiarlo *in situ*, en su historia, desenvolvimiento, caracteres y sociedades.

⁴ Todas las citas están tomadas de José Martí, *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2005.

Así, declara Martí que, “no hay batalla entre civilización y barbarie, sino entre falsa erudición y naturaleza”. Había que desterrar, que cambiar al “libro importado”, al “letrado artificial”, al “criollo exótico”; había que reaccionar contra ese modo de vida, contra esa cultura moderna que imponía y reproducía la existencia colonial en nuestros pueblos, porque nos hacía –y nos hace– expresarnos con la lógica de la razón moderna. No es casual que Martí afirme que se trataba de redimirse con un gobierno que tuviese por base la razón, “la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros”. El graduado de Filosofía en Zaragoza, el profesor de esa materia en Guatemala sabía muy bien por qué escribía la palabra razón.

Y la educación, entonces, ya no sería un mero instrumento modernizador, ordenador, formador de la mentalidad apropiada a las relaciones burguesas, a la lógica del capital, como la practicaron los liberales coetáneos, sino que habría de alcanzarse el verdadero conocimiento de estas sociedades, de sus componentes. “Conocer es resolver”, dice Martí. Resolver desde luego, la salida de aquella colonia que pervivió en la república. Gobernar de acuerdo a ese conocimiento, ser creador, que es la definición que nos entrega del gobernante en un pueblo nuevo.

No por gusto Martí escoge la imagen universitaria para darnos, tanto su criterio sobre ese conocimiento diferente y, al mismo tiempo, sobre la educación también diferente: “La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia”.

Hay entonces, en el Martí de *Nuestra América* un hondísimo espíritu descolonizador, de cambio en los ordenamientos sociales, para dar su lugar a las clases populares, mas en los impostados modos de vida y del pensar moderno. Así, la descolonización empezaba desde dentro de nuestras sociedades,

lo cual era imprescindible –dice en *Nuestra América*–, para impedir lo que él llama “el peligro mayor de nuestra América”: el expansionismo del pueblo del Norte, “empreendedor y pujante”, que “desconoce y desdeña” a nuestra América.

La descolonización al interior serviría pues, para cerrar el paso a la nueva colonización que se iba conformando. El espíritu colonial no era entonces para Martí algo simplemente traído de fuera, impuesto desde fuera, sino recreado adentro por determinados agentes. Y la educación, para descolonizar a la sociedad y descolonizarse ella misma, tendría que moverse en otra lógica, en otra razón: la del hombre natural, para construir una nueva América.

México, 18 de agosto de 2011